



EL ARZOBISPO DE LA CIUDAD INDOMITA

Al que busque la figura de algún eclesiástico vinculado ejemplarmente a todo el desarrollo de la revolución contra la tiranía de Batista, no le será difícil hallarla: la tiene en la estampa humanísima de Monseñor Pérez Serantes, el Arzobispo de Santiago de Cuba. En todo el trayecto —camino verdadero de la amargura—, por el que ha debido transitar el pueblo cubano, llevando a cuestas la cruz de la opresión, ha contado con la asistencia personal y espiritual del prelado santiaguero. De él no se puede decir lo que se diría de otros, que se limitaron, tibia y mansamente, sin riesgo

ni gloria, a ejercer su misión rectora y vigilante desde lejos, resguardados y esquivos, sin poner la mano fiel sobre la llaga viva de sus prójimos. Monseñor Enrique Pérez Serantes es un genuino pastor de almas y un fiel servidor de su grey. Poco antes de concluir el régimen de los monstruos, lanzó una valerosa y entrañable alocución pidiendo el cese de la guerra fratricida y haciendo recuento vigoroso de los padecimientos sufridos por el pueblo. En la fiesta de la libertad no puede faltar el Arzobispo de la Ciudad Indómita.